

## EL COMBATE DE LA FIDELIDAD Y DE LA PRUEBA

*Las cartas a las siete Iglesias reflejan la lucha de aquellas comunidades por permanecer fieles a Jesucristo, frente a la tentación de pactar con el imperio, con la gnosis, alejándose de seguir al Cordero degollado... La época que estamos viviendo se ilumina en este mismo marco. La Iglesia ha de buscar ser fiel al Crucificado-resucitado, estar en continuo proceso de conversión y vivir de la fe.*

*"Cargar alegre y amorosamente cada día con la cruz que proviene ... de la fidelidad a la Iglesia"*  
(Const 10)

El libro del Apocalipsis ("revelación"), en un lenguaje cifrado y simbólico, alimenta la fe y la esperanza del pueblo cristiano, convocando a la fidelidad en el seguimiento de Jesucristo, el Buen Pastor, el "Cordero Degollado". Los destinatarios son comunidades que viven situaciones de dificultad y de cambios profundos, con amenazas exteriores (persecuciones) e interiores (seducción de los ídolos, la gnosis y la falsa religión). Es un mensaje de consuelo y esperanza para estas comunidades que están naciendo.

Dios sale a nuestro encuentro en este momento de la historia, en que vivimos profundas mutaciones, que afectan a lo hondo de nuestra fe personal y eclesial. Son tiempos de desafíos a la fe, (para algunos, los tiempos de "los últimos cristianos"). Las cartas a las 7 Iglesias (los "primeros cristianos") nos conducen a ahondar en la fidelidad a nuestra vocación humana y cristiana. También hoy, como hace 2000 años en Asia Menor, somos llamados a ver la "otra cara" de los acontecimientos, no solamente desde los análisis sociológicos (nuestra percepción inmediata de los hechos), sino desde la mirada honda de Dios, la mirada del amor fiel, que *"tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo Único"* (Jn 3,16). La mirada desde la perspectiva de la cruz, necedad para los paganos, locura para los judíos, pero fuente de salvación para los que creen en Jesucristo (Cf. 1 Cor 1,17-25).

El Cordero Degollado (Ap 5,12) desvela el sentido de los acontecimientos. Los discípulos del Cordero están llamados a seguirle en fidelidad. ¿Cómo se expresa y se vive la fidelidad a la Iglesia en estos capítulos del Apocalipsis? ¿Qué significa "cargar con la cruz que proviene de nuestra fidelidad a la Iglesia"? ¿Adónde nos conduce cargar con esta cruz?

### 1 LA FIDELIDAD A JESUCRISTO, "EL TESTIGO FIEL"

La vocación y misión de la Iglesia es actualizar la presencia viva de Jesucristo en medio del mundo; como un sacramento, ser presencia significativa: "iluminar a todos los hombres anunciando el Evangelio a toda criatura con la claridad de Cristo que resplandece sobre la faz de la Iglesia" (LG 1). Con imágenes diversas el Apocalipsis se refiere a Jesucristo, "el testigo fiel

#### **Jesucristo, Luz del mundo**

Jesucristo es como el sol y la luz: *"su rostro, como el sol cuando brilla con toda su fuerza"* (Ap 1,16; 21,23; 22,5). Ante la luz del sol "que brilla con toda su fuerza", todas las demás luces quedan relativizadas. El fruto de la fidelidad es el encuentro con el *"Sol luciente de la mañana"* (Ap 2,26), regalo gratuito de Dios, el nuevo día, el Día del Señor. Frente a las luces distorsionadas de la gnosis de todos los tiempos que atemorizan y deslumbran, el Sol de la mañana, el Cristo de la Pascua no es una aportación más, una luz más entre otras, no es solamente un rayo de luz, sino toda la luz: *"Por Jesucristo recibimos la vida y la luz, la verdadera luz, para distinguir esta luz de lo alto de todas esas pequeñas luces humanas y terrestres que vienen a iluminar a menudo entre dos luces ... Cuando queremos, pues, conocer algunas cosas, estimarla, juzgarla, darla su valor, no tenemos otra*

*cosa que buscar la luz, Jesucristo'* (VD 90-91).

No faltan, sin embargo, tentaciones de buscar otras luces, otra lógica, otros criterios de eficacia, distintos de los caminos elegidos por el Siervo Glorificado. Las comunidades del Asia Menor, destinatarias directas del Apocalipsis, habían experimentado ya, en pocos años, el deslumbramiento de otras luces, aparentemente más eficaces, como el prestigio y el poder (Ap 3,17). Hemos de preguntarnos cómo realmente nuestras Iglesias, comunidades, grupos eclesiales... en su ser y actuar vivimos de la referencia al *"sol que brilla con toda su fuerza"*. La fidelidad de la Iglesia la debe llevar a mostrar en su vida el rostro del Señor crucificado y resucitado para poder ofrecerlo al mundo como signo de esperanza. *"¿No es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?"*(NMI, 16).

### **Jesucristo, el Viviente, el Primero y el Último**

*"Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Él puso su mano derecha sobre mí diciendo: «No temas, soy yo, el Primero y el Último, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la Muerte y del Hades"* (Ap 1,17).

El término del camino del Crucificado no es la muerte, sino la vida. El Cristo del Apocalipsis pone su mano sobre el hombro del discípulo y el apóstol, un gesto que es, a la vez, de confianza y de fortaleza. Él no es un personaje ilustre del pasado, que dejara una doctrina extraordinaria, sino el Viviente, el Compañero permanente de camino. Vivimos el tiempo del Resucitado, que convoca a la transformación del mundo en Reino de Dios. La verdadera fidelidad se fundamenta en la fe, que experimenta la mano amiga del Resucitado, el cual invita a sus discípulos a cargar con su cruz cada día (Mc 8,35) y morir dando vida: *"cuanto más muerto se está, más vida se da"* (VD 535).

### **Jesucristo, Palabra que juzga**

*"De su boca salía una espada aguda de dos filos"* (Ap 1,16)

Jesucristo es la Palabra, que habla con autoridad, que penetra hasta el fondo, hasta el hondón de la vida y de la conciencia (Heb 4,12-13): el que juzga y verifica lo que hay dentro. La fidelidad a la Palabra, como espada que autentifica el interior, no está en formalidades exteriores, como la fidelidad de los fariseos (Mt 23,1), pues la letra mata, pero el espíritu es el que da vida (2 Cor 3,6). Es la palabra que no se queda en las ideas, sino que llega al corazón, que se hace carne y engendra nueva vida. La Iglesia está convocada a dejarse juzgar por la Palabra, tomando conciencia de que no es dueña, sino servidora de la Palabra recibida, para que el mundo y, sobre todo los pobres, alcancen la Buena Noticia de la salvación (Lc 4, 18 s), Jesucristo, el Testigo fiel

La fidelidad de la Iglesia es la fidelidad a Jesucristo, *"el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra"* (Ap 1,4), obediente hasta la muerte (Flp 2,5). En Él se manifiesta la eterna fidelidad de Dios, que nunca abandona a sus hijos: *"Él permanece fiel"* (2 Tm 2,13); *"no os dejaré huérfanos"* (Jn 14,18). La fidelidad tiene, pues, su fuente en el mismo Dios, siempre fiel a su pueblo, *"el Dios que era, es y será"* (Ap 1,8).

*Yo te seré fiel en esta hora de la prueba que se avecina sobre el mundo entero"* (Ap 3,10). El Testigo fiel no exime de las pruebas y de la dificultad, pero acompaña a su Iglesia con su fidelidad. Ha asegurado a los suyos que no les faltarán las pruebas, que el camino no siempre es fácil (Jn 16,33), pero Él ya ha vencido al "mundo" de la muerte, es fiel al pueblo que se ha formado y que ha puesto en camino.

La Iglesia, a su vez, vivirá entre la fidelidad y la infidelidad. Las cartas a las siete Iglesias en conjunto expresan bien esta permanente tensión: *"conozco tus obras... pero tengo contra tí que..."*

## **2 LA CRUZ QUE PROVIENE DE LA FIDELIDAD A UNA IGLESIA FIEL**

### **A causa de la Palabra y del testimonio**

La fidelidad al Evangelio conduce al evangelizador a la persecución y el destierro. La cruz da

garantía de calidad al vidente de Patmos, solidario con el sufrimiento de los hermanos:

*"Yo, Juan, vuestro hermano y compañero de la tribulación, del reino y de la paciencia, en Jesús. Yo me encontraba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús"* (Ap 1,9).

El discípulo no es más que su Maestro (Mt 10,24). El Maestro había anunciado las persecuciones por la fidelidad a la Palabra (Mc 4,17). Cargar con la cruz de la fidelidad a la Palabra de Dios y al testimonio de Jesús. ¿Qué palabra y qué testimonio? El anuncio del único nombre que se nos ha dado y en el que somos salvados (Hch 4,12). La persecución y la cruz no viene por ofrecer unas normas éticas entre otras, ni unos ritos diferentes, sino por el testimonio de que Jesucristo es el único Señor (Ap 22,13). Desde la presentación del libro aparece en la misma persona del remitente cómo la fidelidad a la Iglesia que se mantiene fiel en la confesión del único Señor es causa de cruz y de persecución.

Cargar con la cruz que proviene de la fidelidad a la Iglesia se expresa bien con la frase de A. Chevrier *"Dar la vida por las palabras"* (Cf. Cuadro de S. Fons, VD 535). Al acercarnos al texto del Apocalipsis somos invitados a admirar y acoger el testimonio de tantos hermanos de camino, que, como el autor del Apocalipsis, cargan con la cruz de la fidelidad "a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús". Su palabra adquiere garantía de calidad, como la de Pablo (*"creí, por eso hablé"* 2 Cor 4,13). Algunos son conocidos públicamente (así, el vietnamita Cardenal Nguyen van Thuan, que pasó 13 años en la cárcel y que, con el título "Testigos de esperanza", predicó el año pasado los Ejercicios Espirituales al Papa); otros, los más, sólo son conocidos en el pequeño ámbito de su comunidad y de su pueblo, pero ellos mantienen encendida, con su fidelidad, la lámpara de la fe y de la esperanza. Son los testigos (mártires) de la fe; cada uno de nosotros tenemos nombres y rostros de hermanos que dan la vida por la fidelidad a la Palabra.

#### **Fidelidad hasta dar la vida**

*"Mantente fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida"* (Ap 2,10)

Permanecer en el amor y en la pobreza es camino que lleva a la vida (*"el vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda"* Ap 2,11). El apoyo y la fuerza para mantenerse en el camino de la fidelidad no está en las seguridades adquiridas, sino justamente en quien vive despojado porque ha puesto su confianza en el Señor: *"conozco tu tribulación y tu pobreza"*.

Dios no pide a todos las mismas cosas y al mismo tiempo; la fidelidad a la Iglesia llevará a "algunos" a la cárcel: *"El diablo va a meter a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis tentados, y sufriréis una tribulación de diez días"* (Ap 2,10). La cárcel, como la cruz, es signo de ignominia; la fidelidad de los "confesores de la fe" de todos los tiempos, encarcelados con distintos métodos según la costumbre de la época, es, como el martirio, semilla de cristianos. Es la manifestación de la fuerza de la debilidad (2 Cor 12,10) y de que el Señor no abandona a los que llama. A Pedro le ha anunciado que no le faltarán pruebas, que Satanás lo ha requerido para tentarle, pero que Él ya ha rogado por Pedro para que no falle en la fe (Lc 22,31).

El criterio de selección de los "encarcelados por el Evangelio" parece que está en los "miembros más fuertes" (Cf. 1 Cor 12,12s.). Paradójicamente, los que parecería que habría que guardar y proteger con más cuidado, dada su relevancia en el cuerpo eclesial, son los primeros en ser encarcelados, en definitiva, en seguir a Jesucristo más de cerca (Mt 16,24; Lc 22,31). La paradoja sin embargo no es otra que la paradoja de la cruz y del camino del Servidor: el criterio de las relaciones eclesiales no es el de los que mandan (Mc 10,41), sino el de los que sirven; los que mandan según el mundo se protegen con su guardia (Jn 18,37), los que son llamados al servicio de la fe de los discípulos de Jesús, serán los primeros encarcelados: *"dichosos vosotros cuando os persigan y os excluyan..."* (Mt 5,11). Conocemos bien quienes son, en el Nuevo Testamento, "algunos" encarcelados: Pedro, Juan, Santiago, Pablo... (Hch 5,17 s; 12,1 s; 16,23 s); Son los sarmientos elegidos, que serán

podados para dar más fruto (Jn 15, 2).

### **Mantener la fe en un contexto difícil:**

“Sé dónde vives: donde está el trono de Satanás. Eres fiel a mi nombre y no has renegado de mi fe, ni siquiera en los días de Antipas, mi testigo fiel, que fue muerto entre vosotros, ahí donde habita Satanás” (Ap 2,13).

Una Iglesia “que vive donde tiene el trono Satanás”, es decir, donde está implantado el paganismo en forma de culto imperial. En un contexto en el que era obligatorio rendir culto al emperador resultaba difícil y peligrosa la confesión de la fe.

“No podéis servir a dos señores...” (Lc 16,13); “aunque en el mundo haya muchos dioses y señores, para nosotros sólo hay un Señor” (1 Cor 8,5-6). Ante la permanente tentación de asimilarnos a los “señores” de este mundo (en las diferentes versiones del “culto al emperador”) la confesión de fe en el único Señor pasa por la cruz de la intemperie: la Iglesia no se apoya en elementos exteriores, sino en aquel que tiene Palabras de vida eterna, el único fundamento de la construcción (1 Cor 3,11).

El P. Chevrier nos recuerda cómo este despojo nos hace más libres en la fidelidad: cuando no nos despojamos de modo espontáneo (como el que todo lo ha vendido por el único tesoro) los “revolucionarios” ejercen de mediación para facilitar a la Iglesia un despojo que la hace libre para el seguimiento: “¿No es frecuente que Dios envíe revoluciones para castigar nuestra avaricia y nuestro apego a las cosas de este mundo y que nos haga despojarnos por los mismos fieles de todo aquello que poseemos? Es lo primero que hacen los revolucionarios: despojarnos, empobrecernos” (VD 316).

### **3 “PERO TENGO CONTRA TI QUE...” (Ap 2,4.20)**

La cruz también procede de la propia infidelidad de la Iglesia; cargar con las infidelidades de nuestra Iglesia. En la pasada Asamblea General del Prado, decía el Cardenal de Lyon, Mons Billé al concluir su exposición en el Retiro que dirigió a los participantes: “Forma parte de nuestra pobreza asumir nuestra solidaridad con una Iglesia que nunca ha sido ni es totalmente fiel al Evangelio”. Las cartas a las Iglesias indican caminos de solidaridad con una Iglesia, santa y pecadora, que no acaba de ser fiel al Evangelio.

### **Perder el amor primero (amor “fundante”)**

Pero tengo contra ti que has perdido tu amor de antes. Recuerda, pues, de dónde has caído (Ap 2,4) Sólo lo que nace del amor (“ágape”) es fecundo. La verdadera fecundidad no está en las obras, sino en la fidelidad a la raíz (Jn 15,5); el amor primero no es un mero sentimiento o entusiasmo inicial, sino la referencia absoluta al único fundamento y razón de ser de la Iglesia, llamada a hacer fructificar en medio del mundo la semilla del reino (Mt 13,1 s.). Se pueden hacer “grandes obras”, cosas importantes, resistir en las dificultades, mantener la ortodoxia... pero pierde su fuerza de salvación y transformación si el fundamento no está en el “ágape” de Dios: “Ya podría dejarme quemar vivo.. Si no tengo amor, no soy nada” (1 Cor 13,3). Es el “ágape” que se manifiesta en la misericordia entrañable del buen pastor, que cada día sale al encuentro de la oveja perdida.

“Vuelve a tu conducta primera. Si no, iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero” (Ap 2,5). La Iglesia de Éfeso, si no se convierte al amor primero, perderá su rango de metrópoli religiosa: “cambiaré de su lugar tu candelero” (Cf.. nota de la Biblia de Jerusalén). El espíritu de Dios (la fidelidad) no está en los títulos ni en el prestigio, sino en el interior, en el amor que nace de Dios (VD 219).

A la luz de la parábola del Padre misericordioso (Lc 15), se trataría de una Iglesia situada en la perspectiva del hijo mayor, “que jamás ha dejado de cumplir una orden” (Lc 15,29) (“conozco tus fatigas” Ap 2,2), pero que ha olvidado la experiencia de la gratuidad y del amor entregado del Padre. La **conversión** pasa, en primer lugar, por “**darse cuenta**” del origen (recuerda **de dónde** has

caído). Es la experiencia del hijo menor, que toma conciencia de su realidad de hijo y le lleva a hacer el camino de cruz hasta el encuentro con el Padre: *"cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan..."* (Lc 15,17). Es un camino a la vez de dolor y de gozo, pues, en definitiva, es el amor el motor del camino hacia la casa del Padre (*"La cruz es la salvación, es la gloria"* VD 330). Es en este amor primero donde se fundamenta la evangelización de los pobres, el amor del Buen Pastor que da su vida por las ovejas y sale en busca de la perdida.

### **Pactar con los ídolos del momento**

*"Tengo contra ti que mantienes algunos que sostienen la doctrina de Balaam... toleras a Jezabel"* (Ap 2,14.24).

La radicalidad evangélica lleva a la lucha contra los falsos profetas, contra la seducción y el engaño. La Iglesia debe discernir la verdadera fe a la luz de la Palabra. Aquí radica la fuerza para combatir la idolatría: *"lucharé contra esos con la espada de mi boca"* (Ap 2,16).

La seducción (*"se os abrirán los ojos y seréis como dioses"* Gn 3,5) ha de dejar lugar a unos oídos de discípulo, que se mantiene en la escucha (Is 50,4). Así, son elogiados "los que no conocen los secretos de Satanás" (Ap 2,24) A ellos se les pide permanecer firmes en la fe en el Señor Jesús y en el combate contra los ídolos y la falsa religión (VD 461).

### **Cultivar las apariencias**

*"Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto"* (Ap 3,1).

El Señor envía a sus discípulos para que den fruto. Esa es la gloria del Padre: *"La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto y seáis mis discípulos"* (Jn 15,8). El árbol se conoce por el fruto: *"de las zarzas no se vendimian uvas"* (Lc 6,44). La Iglesia está llamada a dar frutos de salvación para la vida del mundo. La denuncia de infidelidad es realmente dura; responde a la denuncia de Jesús a los fariseos: *"sepulcros blanqueados"* (Mt 23,27). Ante la admiración de los discípulos por la grandeza de las construcciones (*"mira qué piedras y qué construcciones..."*) el Señor señalaba la caducidad de las grandes construcciones y la permanencia de la aportación de la viuda (Lc 21,1-4).

La infidelidad por el cultivo de las apariencias, que tiende a fortalecerse en la época en que vivimos, caracterizada por el culto a la imagen, es una tentación que está en los comienzos de la Iglesia y de la cual el P. Chevrier se hace eco con un lenguaje muy directo: *"No son las piedras, ni los cálices, ni los ornamentos, ni las lámparas, ni los altares hermosos, ni los bellos púlpitos los que convierten; atraen por curiosidad, pero no convierten, ni curan. Y hoy, sin embargo, se trabaja mucho más en hacer bellas iglesias, bellas casas curales, que en hacer santos. Es que es más fácil hacer una bella iglesia que hacer un santo. Y no se podrá jamás reemplazar la santidad por las más hermosas cosas externas"* (VD 297).

La conversión de Navidad llevó a Antonio Chevrier a seguir más de cerca de Jesucristo, "para ser más eficaz", es decir, para una fecundidad apostólica. La fecundidad de la Iglesia está en el interior, la garantía de calidad del exterior está en el interior, como el árbol natural; *"que el Espíritu produzca en nosotros el exterior"* (VD 221), no en las grandes construcciones y en los signos de grandeza.

La fidelidad pasa por *"reanimar lo que queda"* (Ap 3,2): la pequeña levadura, la pequeña semilla. Y lo que queda es el amor (1 Cor 13,8). Reanimar lo que queda es ir al pesebre, que es donde comienzan las obras de Dios: *"en el despojo, la sencillez y la pobreza, para poder así enriquecer al mundo"* (Carta 52; 2 Cor 8,9).

### **Miedo al riesgo**

*"Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!"* (Ap 3,15)

Una Iglesia que vive sin comprometerse con su fe, que se mantiene "entre dos aguas", cristiana y pagana a la vez, con referencia a Jesucristo, pero fundamentada en sí misma, en sus propias riquezas (*"dices: soy rico, nada me falta"* Ap 3,17), de tal modo que está incapacitada para el riesgo del anuncio del Evangelio, como la sal que se vuelve sosa (Lc 14,34). Como el joven del evangelio

no está dispuesta a venderlo todo (Mt 19,22). Necesitaría vivir la experiencia del hijo pródigo para valorar lo que significa perderlo todo.

En contraposición con la tibieza denunciada por el Testigo fiel está el fuego de Pentecostés, que provoca a los apóstoles a salir a la intemperie, al encuentro de una multitud plural y anunciar a Jesucristo muerto y resucitado como único Señor (Hch 2,1s). Es la fe en la resurrección, que le lleva a Pablo a asumir los riesgos del Evangelio: *"Y nosotros mismos ¿por qué nos ponemos en peligro a todas horas?"* (1 Cor 15,30). El discípulo ha de estar dispuesto a arriesgar la vida para ser fecundo en una vida nueva (Jn 12,25).

Cargar con la cruz que viene de la fidelidad a la Iglesia es salir de las claves de la acomodación y del acondicionamiento; no poner por nuestra cuenta límites al seguimiento: cristianos, sacerdotes, sí, pero "dentro de un orden", unos niveles de exigencia y radicalidad puestos por la propia conveniencia o la propia cultura. El P. Chevrier distingue entre los sacerdotes cumplidores -los buenos- (buenos funcionarios, diríamos hoy), y los que buscan la perfección: *"el que busca la perfección no ve más que a Jesucristo, ama a Jesucristo y hace que Jesucristo pase ante todo"* (VD 121).

*"El riesgo no es una conversación atrevida al calor del fuego en una noche oscura. No, el riesgo exige inseguridad; exige una apuesta audaz por lo deseable pero incierto. El riesgo es una fe que la razón no limita. El riesgo camina con Dios como su único y seguro compañero"* (J. CHITTISTER, *El fuego en estas cenizas*, p. 93)

#### **4. CONSECUENCIAS E IMPLICACIONES (LLAMADAS A LA CONVERSIÓN)**

**Abrir los ojos, darse cuenta"** (Ap 1,1; 2,5; 3,17.18.22).

El Apocalipsis es *"revelación"* del sentido profundo y oculto de los acontecimientos, que viene de Jesucristo. Contemplar la vida más allá de las apariencias. Es creer en el Resucitado, que ha vencido al mundo. Es una gracia a pedir y cultivar: *"que tu luz nos haga ver la luz"* ( Sal 36,10) La atención a la vida, la lectura creyente de la realidad, ver cómo Dios hoy está actuando en medio del mundo y de la historia.

"Abrir los ojos" como el Buen Pastor, que se estremece al contemplar a la gente "como ovejas sin pastor" (Mt 9,36) y que llora al contemplar Jerusalén (Lc 19,41). Es la misericordia entrañable, la mirada que salva, que hace entrar a la gente en el corazón, para que brote en él la compasión de Dios .

Cargar con la cruz de la fidelidad a la Iglesia es "abrir los ojos". Antonio Chevrier se deja cuestionar por el Cristo del pesebre y contempla así su barrio de la Guillotière y se pregunta *"¿qué vemos?"*. A partir de ahí "ver" supone "hacerse cargo", "cargar" con la cruz de la vida de los pobres, cargar también con las consecuencias, con la incomprensión en relación con la Iglesia de su tiempo, abrir los ojos y el corazón a la luz nueva del Espíritu. Es preciso pedir este don del Espíritu. De este modo escribe a sus seminaristas para que aprendan a ver y comprender: *"Quien ama comprende, quien ama puede obrar... la operación del Espíritu Santo es, por así decirlo, la más necesaria, porque ¿de qué sirve ver si no se comprende lo que se ve?, ¿de qué sirve oír si no se comprende lo que se oye? ¿de qué sirve incluso comprender si no se ama? Ojalá podáis comprender bien esta operación del Espíritu Santo en nosotros para que podáis pedirle que actúe en vosotros y no pongáis ningún obstáculo a su acción"* (Carta 93).

**Bienaventuranza.** *"Dichoso el que lea y escuche..."* (Ap 1,3)

A lo largo del Apocalipsis aparece con frecuencia la proclamación de bienaventuranzas (Ap 14,13; 16,15; 19,9; 20,6; 22,7; 22,14). La fuente de las bienaventuranzas está en la escucha y cumplimiento de la Palabra, como el elogio que Jesús hizo de su madre (Lc 11,27). Coinciden la primera y la última bienaventuranza: *"dichoso el que lea y los que escuchen y guarden..."* (Ap 1,3);

*"dichoso el que guarde las palabras de este libro" (Ap 22,14).*

Dichosa la Iglesia que escucha, lee y proclama la Revelación de Dios; el conocimiento del proyecto salvador de Dios hoy es fuente cierta de felicidad. Es una llamada a vivir la alegría de ser cristiano: Tendrá la corona de la vida (Ap 2,10), no sufrirá la muerte segunda (Ap 2,11), recibirá el maná escondido (Ap 2,17), el poder sobre las naciones (Ap 2,26), el Lucero de la mañana (Ap 2,28), será revestido con vestiduras blancas (Ap 3,5), será puesto como columna en el santuario de Dios (Ap 3,12).

**Urgencia** *"El tiempo está cerca" (Ap 1,3)*

Tomar conciencia de la gravedad del momento. Es la urgencia escatológica de los cielos nuevos y la tierra nueva. Es preciso equiparse bien: *"Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego" (Ap 3,18)*. Es el tiempo de valorar "lo único necesario": el amor purificado. Con el peso del tiempo se van adquiriendo adherencias, sobrecarga que dificulta la marcha gozosa y la espera del Señor. En estos momentos de cambios profundos (un cambio de época) no es tiempo para entretenerse en el camino, dispersos en preocupaciones accesorias o estéticas, sino en ahondar en lo esencial: "el oro acrisolado", ahondar en el dinamismo del amor (agape) que viene de Dios para poder así ofrecerlo al mundo y construir el Reino de Dios.

**Abrir la puerta:** *"Estoy a la puerta y llamo" (Ap 3,21).*

Concluimos con la bella reflexión sobre este texto que el P. Chevrier hace en el Verdadero Discipulo: *"Una puerta puede estar en diversas posiciones, y cuando alguien llama a esta puerta y uno viene a ver para abrir, se la puede dejar cerrada y no dejar entrar en absoluto, se puede entreabrir solamente y dejar a la puerta a los que vienen, finalmente se puede abrir del todo y dejar entrar a los que llaman.*

*Esto mismo lo podemos hacer nosotros con Jesucristo nuestro Maestro en relación a la puerta de nuestro corazón, cuando él trata de entrar.*

**El que no abre su puerta,** es el que rehúsa dejar entrar al Maestro y el que rehúsa recibir a su Maestro para seguirlo, el que prefiere seguir sus ideas, sus pasiones, al mundo.

*El que no abre más que a medias, es aquel que escucha, pero no deja entrar del todo al Maestro en su casa; sigue siendo dueño de la puerta, dueño de su casa, no quiere recibir a nadie, sigue siendo dueño de su casa y de su corazón. Escucha, pero toma sólo lo que quiere, hace lo que quiere, no toma más que lo que le conviene y deja todo aquello que no le agrada. Recibe al Maestro con reserva y prudencia y escucha más a su razón, a sus pequeñas pasiones que son sus dueñas, que al verdadero Maestro que quiere entrar, desconfía, le da miedo, no abre su corazón más que a medias, y el Maestro no puede entrar para mandar, como debería hacerlo.*

**El último abre su puerta completamente,** y deja entrar en su casa al Maestro que llama.

Está feliz de recibirle y ofrecerle un lugar de honor; le escucha feliz y no desea más que una cosa. Comprender lo que dice y ponerlo en práctica" (VD 125).

## **CONCLUSIÓN**

Esta es nuestra Iglesia, fiel e infiel al mismo tiempo. Las siete cartas nos urgen al discernimiento, desde la palabra y la luz del Señor: discernir si las cruces que cargamos son propias de la misión, tienen su origen realmente en la fidelidad al Evangelio, o, justamente lo contrario, de la propia resistencia a "venderlo todo", a "saber morir", y que se traducen en permanentes lamentaciones en añoranza de tiempos pasados o de temores al futuro.

La cruz que proviene de la fidelidad a la Iglesia puede llegar por caminos diversos: por la fidelidad a la Iglesia fiel y por sufrimiento de las propias infidelidades del cuerpo eclesial (Cf. 1 Cor 12,27).

El P. Chevrier describe los verdaderos trabajos, la verdadera cruz, que es fecunda cuando se fundamenta en la fe: *"Dios no paga sino a los que trabajan para él" (VD 321).*

*Ángel-Marino García Cuesta*